



## Los mimbres de la urdimbre

-Algo más sobre el toro del *Rayo*-

Muchas apreciaciones de naturaleza diversísima se han postulado y seguirán postulándose acerca del toro y sus significaciones en *El rayo que no cesa*. La mayoría de ellas son muy atendibles y esclarecedoras, por atinadas. Pero tales propuestas de lectura no las estimo tan prioritarias como la que resulta de una perspectiva que no suele postularse, la de rastrear antecedentes de esta temática en la obra hernandiana fijándose en su tratamiento. Nosotros emprendimos este camino, y al andarlo nos hemos percatado de que algunos de los elementos con que se ofrece en el *Rayo* se perfilan ya en la etapa literaria neogongorina, en tiempos de *Perito en lunas* y su ciclo poético. Luego, esos elementos continúan poetizándose en textos posteriores hasta que, en la elaboración del *Rayo*, son retomados y se insertan en un entero sistema erótico-lírico.

### *En Perito y su ciclo*

Impregna *Perito en lunas*, como es bien sabido, una dimensión de fatalidad que suele asociarse con lo lunar, reflejándola los astados en su morfología mediante la conformación de su cornamenta metafóricamente alunarada, pero sobre todo en su sino fúnebre ritual con trances de un dolor y sufrimiento que en *El rayo que no cesa* alcanza su máxima expresión poética en su texto 23, en el que el locutor lírico se compara con el toro desde el principio mismo del soneto. Esa comparación se cimenta ya en la octava de *Perito* inspirada en el cornúpeta, porque ahí el bóvido le habla a los toreros desde la primera persona, en un incipiente ensayo testimonial de la cercanía del poeta hacia el ganado bravo. Lo que les dice no tiene, sin embargo, nada que ver con ese “te sigo y te persigo” y ese dejar su deseo traducido en “una espada” que leemos en la referida composición del *Rayo*. Y es que falta todavía la vertiente amorosa y la frustrante carencia de su definición.

Ciertamente no se encuentran esos factores en *Perito*, pero sí en textos de su ciclo. En uno de ellos, el titulado “Toro”, acude el poeta a un mito en el que al toro se le vincula al erotismo, el de Júpiter y Europa, y según el cual el padre de los dioses se transmuta en un astado para hacerse, en un rapto, con la bella muchacha deseada. No se plantea en ese poema hernandiano ninguna insatisfacción del eros, pero ésta ya se desarrollará en “*Corrida-real*”, en el fragmento primero, dedicado al “(Cartel)”, donde se plasma el empuje gonádico extremo del cornúpeta (“varonil terrible”) en contrapunto agudo con su soledad (“viudo”). Esa antítesis se resuelve, al cabo, en frustración, porque al haber salido ese animal de los pinceles tampoco puede cornear al sombrero que el pintor le colocó delante, en el cartel. Vemos en “*Corrida-real*”, en consecuencia, un pasaje precursor de la desmedida apetencia erótica de un toro solitario y sin realizaciones amoroso-genitales de *El rayo que no cesa*.

Elementos como los expuestos, y que remiten a *Perito en lunas* y su ciclo, suministran parámetros conceptuales al *Rayo* en cuanto concierne al toro, y esos ingredientes van a ir perviviendo poéticamente en la trayectoria literaria del autor hasta que llegan a estar disponibles para su reelaboración en ese libro con el cuajo de complejidad y de calidades extraordinarios que apreciamos en él, y algunos de cuyos estímulos líricos cabe ir advirtiendo en textos creados progresivamente después del ciclo de *Perito*, un ciclo que diseminará en el *Rayo* unas marcas genuinas a vueltas de un pretexto tan crucial en la poética hernandiana.



## En el Silbo y su ciclo

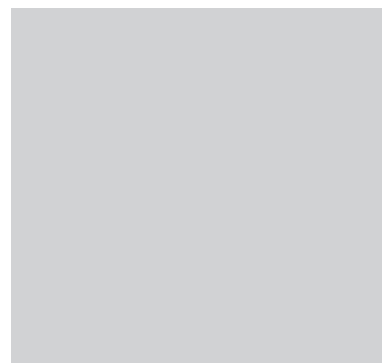
Y es que, en efecto, el toro y el erotismo pujante, pero sin finalización, es asunto que se poetizará de vez en vez en las fases sucesivas de *El silbo vulnerado*. En la más lejana se creó “*Diario de junio –interrumpido*”, en referencia a un mes ardiente y en su virtud capaz de exacerbar tanto el apetito sexual del hablante como la bravura, genitualmente insatisfecha, de los toros. De menos alejada cronología es “Primavera celosa”, texto en el que se alude a los meses de abril y mayo como umbrales de un empuje erótico ya muy encendido, y en el que se conjugan, subsumiéndose en uno, el locutor literario y el cornúpeto, emparejados y aun identificados desde la carencia de satisfacción sexual.

Otros tres poemas hay del ciclo del *Silbo* en los que la temática amorosa va ligada, también, a la del toro. Son aquellos cuyos versos primeros dicen así, respectiva y sucesivamente: “Nuevo en mi corazón, pero no en ese”; “*Trinar –de amor*”; y “Con tus pechos porosos y mollares,” En esa tríada se leen variaciones diversas a vueltas del amante, de la amada, y del astado. Empero, quizá la de más interés de esas variables se halle en la segunda de dichas composiciones, en la que el hablante preso de amor, pero solo, se pregunta si no ha de cantar su soledad amorosa al igual que lo hacen los toros en semejante situación, en la que están presos de rabia por no superarla, y braman.

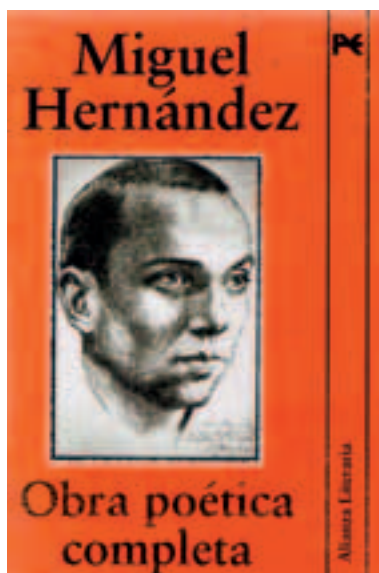
Hemos constatado, así pues, que en la obra poética hernandiana se fue larvando, y desde el ciclo de *Perito*, la identificación del locutor lírico con el toro, plasmándose en seguida coequiparaciones entre ambos a causa de unos mutuos apremios coitales que no se satisfacen. Y en ese punto planteamos otra cuestión: la de la “amada”, adelantándonos a decir que sería tiempo perdido el que se dedicase a personificar una real, para el eros poético del oriolano con precedencia a *El silbo vulnerado*. Respecto a ese corpus, en cambio, ya se justifica que se hile lo más fino posible en la materia, aun cuando indagar acerca de un referente histórico resulte una impertinencia en términos artísticos.

Porque la creación de *El silbo vulnerado* se gesta al vaivén de las relaciones del poeta con Josefina Manresa - primero como pretendiente, después como prometido o novio formal- desde un mes inconcretado de 1933 y hasta que ese conjunto va culminando y da paso a *Imagen de tu huella*, donde se cimenta *El rayo que no cesa*. Por tanto, ese amante excitado sexualmente por una mujer y al que no le es dado el logro de la cumbre en sus deseos, traduce poéticamente el tándem biográfico Josefina-Miguel. El poeta transfiere al hablante lírico de sus textos la frustración de su libido propia, y la asemeja a la de los toros bravos. Y en apoyo de mi tesis según la cual, desde el *Silbo*, avanzan al unisono el toro enamorado que no puede materializar su sexo y las relaciones, infructuosas sexualmente hablando, de la pareja oriolana, aduciré una cuarteta de “Primavera celosa”, un texto que, a nuestro entender, condice dentro del ciclo de *El silbo vulnerado*: *Vehementes frentes tremendas/ de toros de amor vehementes/ a volcanes me encomiendas/ y me arrojas a torrentes.*(1)

Decisivo resulta reparar, en estos versos, que los inspira Josefina Manresa, no sin acaso “Primavera celosa” es una composición dedicada “A mi querida Josefina”. Siendo así, y porque justamente así es, uno verifica que ese mismo lenguaje erótico repercutirá en *El rayo que no cesa*. Apréciense, por ejemplo, el empleo de la palabra “volcanes” en el tercero de los octosílabos de la estrofa, y nótese que el adjetivo correspondiente se recupera en los sonetos del Rayo “Silencio de metal triste y sonoro,” y “La muerte, toda llena de agujeros”. En ambos poemas



(1) Cf. Miguel Hernández. *Obra Completa*. I. *Poesía*. Edición crítica de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira con la colaboración de Carmen Alemany. Madrid: Espasa-Calpe, 1992, 448. (Este tomo será citado, en adelante, como *Poesía*).



se produce la misma ecuación: toro y locutor lírico comparten idéntica menesterosidad en el capítulo de explosiones erótico-sexuales. Y de ahí deducimos que, en tanto que lenguaje literario, en este libro el grupo soneteril que se inspira en la apetencia erótica sin culminación, de un toro, es trasunto del yo que habla en el poema y en cierto modo del poeta, y ese yo es a lo que llamamos “voz”, y esa voz hemos visto, a propósito de “Primavera celosa”, que se debe a ella, a Josefina Manresa.

Otro vínculo que propicia la relación entre el lenguaje poético del *Rayo* concerniente al toro y a la misma mujer sería el empleo tropológico de la palabra “vino” en un texto amoroso ligado a “Primavera celosa” y el poema 17 de dicho conjunto, soneto cuya estrofa inicial dice así: *El toro sabe al fin de la corrida,/ donde prueba su chorro repentino,/ que el sabor de la muerte es el de un vino/ que el equilibrio impide de la vida.* (2) El “vino” reaparecerá en el segundo de los tercetos. El hablante, partiendo de la intercambiabilidad de su sangre con la del astado, la cual afirma en los versos noveno y décimo, proclama que su diaria conciencia de la muerte: *vierte sobre mi lengua un gusto a espada/ diluida en un vino espeso y fuerte/ desde mi corazón donde me muero.* (3)

Atendamos ahora al poema aludido con anterioridad, y que lleva por título “Tus cartas son un vino”. Elaborado en cuartetas, en la primera son identificadas las cartas de la amada con un “vino” nutricional y exclusivo: *Tus cartas son un vino/ que me trastorna y son/ el único alimento/ para mi corazón.* (4)

¿Quién es esa amada? Sin pretender una correspondencia taxativa entre poesía y realidad histórica, tampoco hay que caer en el extremo opuesto haciendo caso omiso de un dato proporcionado desde el poema, su dedicatoria: “A mi gran Josefina adorada”. Otra composición del *Rayo*, así pues, que ostenta parentesco lingüístico y metafórico con versos anteriores inspirados en la jienense afincada en Orihuela.

### De amadas y voz poética

Con esas consideraciones he pretendido únicamente aportar algún dato más para la especulación, porque no es otra cosa que especulación, sobre un aspecto de *El rayo que no cesa* que, en puridad, tampoco resulta crucial en literatura: el de la/s amada/s histórica/s de este libro. En mi opinión, la obra no se inspira por entero en una sola amada concreta, sino en dos al menos, incluso en tres: Josefina Manresa, Maruja Mallo y María Cegarra. Por consiguiente, que se descarte la incidencia de cualquiera de ellas en ese conjunto me parece del todo irrazonable. Y no menos sin razón el que, en ese asociar poemas al estímulo de una o de otra, a Josefina Manresa le corresponda una parte exigua, y sobre la base de que su noviazgo con el poeta estuvo prácticamente roto cuando se gestaron varios de los textos que iban a incorporarse al libro.

A los poemas de *El rayo que no cesa* que, en suma, no pueden dejarse de vincular a Josefina como musa, he añadido en estas páginas otros en los que se involucra el toro, y lo he hecho porque entiendo que su lenguaje poético remite a ella, con independencia de las circunstancias biográficas coyunturales que en la dialéctica amorosa entre ambos se produjeron. Ese es uno de los argumentos clave en las que me apoyé y me sigo apoyando para reafirmarme en la propuesta de que *El rayo que no cesa* es susceptible de leerse como cancionero petrarquista, en el sentido de que lo nutre más de una amada histórica, pero como lenguaje se debe a una, a la novia o, si se quiere, exnovia, de Orihuela, más allá de los avatares que afectaron a su relación en un corte cronológico determinado.

(2) *Poesía*, 503.

(3) *Ibidem*.

(4) *Idem*, 449.





*Zuhaitzaren  
fruitua*

*Un árbol  
con frutos*



Bizkaiko Foru Aldundia  
Diputación Foral de Bizkaia